

RUDOLF HÖSS

ARBEIT MACHT FREI

**YO,
COMANDANTE
DE AUSCHWITZ**

INTRODUCCIÓN DE
PRIMO LEVI





RUDOLF HÖSS. Afiliado al partido nazi en 1922 y miembro de las SS en 1934. Fue creador y jefe del complejo Auschwitz-Birkenau desde 1940 hasta finales de 1943 (y durante otros cinco meses de 1944).

Además del campo de exterminio más conocido, también trabajó en la inspección de campos de concentración y en los centros de Bergen-Belsen, Gross-Rosen y Ravensbrück.

Detenido por el ejército británico en 1947, fue testigo en los juicios de Núremberg, juzgado y condenado por el Tribunal Supremo polaco. Fue ahorcado el 16 de abril de 1947 en el propio campo que ayudó a crear.

Este libro constituye uno de los documentos más sorprendentes de la historia: el testimonio en primera persona de un asesino en masa cuyas víctimas se cuentan por millones. El autor narra su vida, centrándose sobre todo en su etapa al frente del mayor campo de exterminio que haya existido: Auschwitz-Birkenau.

Estamos ante un libro clásico, no por sus virtudes literarias ni por la grandeza de su autor, sino porque después de leer a Höss, negar el holocausto no solo es inmoral sino estúpido. Aquí no caben interpretaciones porque el culpable confiesa el delito.

El prólogo de Primo Levi (la víctima condenando al verdugo para la posteridad) forma parte de este libro de manera casi inevitable. Es una pieza brillante de uno de los más lúcidos supervivientes del holocausto y el mayor ejemplo de justicia poética que se pueda imaginar.

En palabras de Levi, de una pasmosa actualidad: «El libro muestra con qué facilidad el bien puede ceder al mal, ser asediado por este y, finalmente, sumergido, para sobrevivir en pequeñas islas grotescas».

Los derechos de autor de este libro macabro, pero históricamente importante, se destinan al fondo creado originalmente para los escasos supervivientes del campo de Auschwitz.

YO,
COMANDANTE
DE AUSCHWITZ

Rudolf Höss

YO,
COMANDANTE
DE AUSCHWITZ

PRÓLOGO DE
PRIMO LEVI





ARZALIA
ediciones

Rudolf Höss. Yo, comandante de Auschwitz

Título original: *Kommandant in Auschwitz*

© 2022, Arzalia Ediciones, S. L.
Calle Zurbano, 85, 3.º-1. 28003 Madrid

Publicado originalmente en Gran Bretaña por Weidenfeld & Nicolson en 1959

© 1951 por Wydawnictwo Prawnicze, Varsovia

De la introducción de Primo Levi © 1985 Giulio Einaudi Editore, S.p.A, Turín

De la traducción © Juan Esteban Fassio

El editor hace constar que, tras una búsqueda diligente, ha sido imposible localizar al titular o herederos del traductor de esta obra, por lo que manifiesta su reserva de derechos.

Diseño de cubierta, interior y maquetación: Luis Brea

ISBN: 978-84-19018-08-3
Producción del ePub: booqlab

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotomecánico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso por escrito de la editorial.

Índice

Nota del editor

Introducción

Autobiografía

Anexo I. La «solución final» del problema judío en el campo de concentración de Auschwitz

Anexo II. Mis encuentros con Himmler

Anexo III. Eichmann

Anexo IV. Müller

Anexo V. Pohl

Anexo VI. Maurer

Anexo VII. Globocnik

Anexo VIII. Eicke

Anexo IX. Glücks

Apéndice. Extractos de la sentencia

Nota del editor

Rudolf Höss escribió su biografía en una prisión polaca. Había sido arrestado por la policía militar británica cerca de Flensburg, en Schleswig-Holstein (Alemania), el 11 de marzo de 1946. Fue interrogado los días 13 y 14 de marzo. Días después fue entregado a los estadounidenses y llevado a Núremberg, donde se lo interrogó de nuevo. En abril, Höss mantuvo varias conversaciones con el psiquiatra estadounidense de la prisión, el doctor Gilbert.

El 25 de mayo de 1946 fue entregado a las autoridades polacas. Su juicio no tuvo lugar hasta el mes de marzo del año siguiente; a su conclusión, Höss fue condenado a muerte y se lo ejecutó el 16 de abril de 1947 en el propio campo de Auschwitz.

Los escritos de Höss en la cárcel, en gran medida traducidos y reproducidos aquí, constan de dos partes. La primera, una autobiografía que se ofrece en su integridad, considerando cuanto es legible del original, la escribió entre enero y febrero de 1947. El resto del libro, que aparece en forma de apéndices, se redactó a partir de la investigación preliminar u otras que estaban siendo llevadas a cabo por el Dr. Jan Sehn, el juez de instrucción. El diario fue escrito a mano y su autenticidad demostrada más allá de cualquier duda tras el estudio comparativo de su caligrafía con la de otros documentos manuscritos por Höss, tanto anteriores como posteriores a su detención.

La presente supone la tercera edición española de la obra. Fue inicialmente publicada por El Aleph Editores en 1979 y, en 2009, por Ediciones B. El texto reproducido en esta versión fue traducido del inglés y es el mismo de las dos anteriores con el añadido del índice onomástico y analítico.

Esta edición se publica para conmemorar el 75.º aniversario de la ejecución de su autor y para mantener viva la memoria de las víctimas del Holocausto.

El prólogo de Primo Levi, superviviente del campo de concentración Auschwitz III (Monowitz), resulta imprescindible para contextualizar la obra de Höss.

Los derechos de autor de esta publicación se destinan al *Comité International d'Auschwitz*, organización benéfica creada para ayudar a los supervivientes de aquel campo de exterminio, una mínima proporción de los que cruzaron sus puertas.

Introducción

Por lo general, quien acepta escribir un prólogo lo hace porque el libro le parece hermoso: agradable de leer, de alto nivel literario, hasta el punto de suscitar simpatía o, al menos, admiración hacia quien lo ha escrito. Este libro provoca todo lo contrario. Está lleno de infamias contadas con una torpeza burocrática que perturba; su lectura oprime, su nivel literario es mediocre y su autor, a pesar de sus esfuerzos por defenderse, aparece tal cual es: un canalla estúpido, verboso, basto, engreído y, por momentos, manifestamente falaz. Sin embargo, esta autobiografía del comandante de Auschwitz es uno de los libros más instructivos que se hayan publicado nunca, porque describe con precisión un itinerario humano que es, a su modo, ejemplar: en un clima distinto del que le tocó crecer, según toda previsión, Rudolf Höss se habría convertido en un gris funcionario del montón, respetuoso de la disciplina y amante del orden; como máximo, un trepador de ambiciones moderadas. En cambio, paso a paso se transformó en uno de los mayores criminales de la historia.

A nosotros, supervivientes de los *lager* nacionalsocialistas, a menudo se nos hace una pregunta sintomática, en especial por parte de los jóvenes: ¿cómo eran, quiénes eran «los del otro lado»? ¿Es posible que todos fuesen unos malvados, que en sus ojos nunca se avistase un brillo de humanidad? El libro responde a esta pregunta de manera exhaustiva: muestra con qué facilidad el bien puede ceder al mal, ser asediado por este y, finalmente, sumergido, para sobrevivir en pequeñas islas grotescas: una vida familiar ordenada, el amor a la naturaleza y un moralismo Victoriano. Justamente porque su autor es inculto no se puede sospechar una colosal y sabia falsificación de la

historia: no habría sido capaz de ello. Por el contrario, en sus páginas afloran evocaciones mecánicas de la retórica nazi, grandes y pequeños embustes, esfuerzos de autojustificación, tentativas de embellecimiento, pero tan ingenuos y transparentes que hasta el lector más desprevenido no tiene dificultades para identificarlos: resaltan en el tejido del relato como moscas en la leche.

En resumen, el libro es una autobiografía esencialmente verídica, y es la autobiografía de un hombre que no era un monstruo o se convirtió en tal, ni siquiera en el apogeo de su carrera, cuando por orden suya se mataba en Auschwitz a miles de inocentes al día. Intento decir que se le puede creer cuando afirma que nunca ha disfrutado al infligir dolor y al matar: no ha sido un sádico, no tiene nada de satánico (algunos rasgos satánicos se perciben, en cambio, en el retrato que traza de Eichmann, su amigo y par: pero Eichmann era mucho más inteligente que Höss, y se tiene la impresión de que este tomó por buenos ciertos alardes de aquel que no resisten un análisis serio). Fue uno de los máximos criminales que jamás hayan existido, pero en esencia no era distinto de cualquier otro burgués de cualquier otro país; su culpa, no escrita en su código genético ni en el hecho de haber nacido alemán, reside en el hecho de no haber sabido resistir a la presión que un ambiente violento ejercía sobre él ya antes del ascenso de Hitler al poder.

Si queremos ser sinceros hemos de admitir que el joven empieza mal. Su padre, comerciante, es un «católico fanático» (pero cuidado: en el vocabulario de Höss, y en la terminología nazi en general, este adjetivo tiene siempre una connotación positiva), quiere hacer de él un sacerdote, pero al mismo tiempo lo somete a una rígida educación de tipo militar: no se hace ningún caso de sus inclinaciones y tendencias. Es comprensible, pues, que no sienta afecto hacia sus padres y que crezca huraño e introvertido. Pronto queda huérfano, atraviesa una crisis religiosa y, ante el estallido de la Gran Guerra, no vacila: su universo moral ya está reducido a una sola constelación: el Deber, la Patria, la Camaradería y el Valor. Parte como voluntario y lo arrojan,

con diecisiete años, al salvaje frente iraquí; mata, es herido y siente que se ha convertido en un hombre, es decir, en un soldado: para él ambos términos son sinónimos.

La guerra es (siempre, pero en especial en la Alemania derrotada y humillada) una pésima escuela. Höss ni siquiera intenta reinsertarse en la vida normal; en el clima terrible de la posguerra alemana, se alista en uno de los tantos cuerpos de voluntarios con tareas esencialmente represivas, se ve envuelto en un asesinato político y es condenado a diez años de prisión. El régimen carcelario es duro, pero se adapta a él: no es un rebelde, la disciplina y el orden le gustan. También le gusta la expiación: es un preso modélico. Revela buenos sentimientos: había aceptado la violencia de la guerra porque obedecía a una orden impartida por la Autoridad, pero rechaza la violencia de sus compañeros de prisión, porque es espontánea. Esta será una de sus constantes: el orden es necesario, en todo; las directivas deben venir de arriba, son por definición buenas y deben ejecutarse sin discusión, pero de manera consciente; la iniciativa solo se admite cuando contribuye a un cumplimiento más eficaz de las órdenes. La amistad, el amor y el sexo le resultan sospechosos; Höss es un hombre solo.

Al cabo de seis años es amnistiado; encuentra trabajo en una comunidad agrícola, se casa, pero admite que nunca logró comunicarse íntimamente, ni entonces ni después, cuando más lo habría necesitado, con su mujer. Este es el momento en que la trampa se abre bajo sus pies: le ofrecen entrar en las SS y acepta, atraído por la perspectiva «de un rápido ascenso» y «las ventajas materiales que ello implicaba». Es también este el momento en que cuenta al lector el primer embuste: «Cuando Himmler me invitó a formar parte de las SS como miembro del cuerpo de guardia de un campo de concentración, yo no tenía la menor idea de lo que aquello significaba; incluso era incapaz de imaginarlo». Venga, comandante Höss, para mentir se requiere más agilidad mental: es 1934, Hitler ya está en el poder y siempre ha hablado claro; el término *lager*, en su nueva acepción, es muy conocido, pocos saben exactamente qué ocurre allí, pero nadie

ignora que son lugares de terror y pesadilla, sobre todo, si uno pertenece a las SS. El «concepto» no es en absoluto «desconocido», ya es cínicamente explotado por la propaganda del régimen: «Si no te comportas como es debido, acabas en el *lager*» es una frase casi proverbial.

En efecto, su carrera es rápida. Su experiencia carcelaria no ha sido inútil, sus superiores no se equivocan al ver en él a un especialista, y rechazan sus tibias solicitudes para que le permitan reemprender su carrera militar: tanto da servir en un lugar como en otro, el enemigo está en todas partes, en las fronteras y en el interior; Höss no debe sentirse disminuido. De modo que acepta, pues si su deber es hacer de verdugo, hará de verdugo con toda la diligencia posible: «Debo confesar que cumplí con mi deber de manera puntillosa [...], he sido severo con los prisioneros y, a veces, incluso duro». Que fue duro, nadie lo duda; pero que detrás de su «máscara de piedra» se escondía un corazón dolorido, como afirma, es una mentira no solo indecente, sino pueril.

No es mentira, en cambio, su reiterada afirmación de que una vez dentro del engranaje era difícil salirse de él. Desde luego, no se corría riesgo de muerte ni de un castigo severo, pero era objetivamente difícil tomar distancia. La milicia en las SS comprendía una «reeducación» tan hábil como intensiva que halagaba la ambición de los adeptos, quienes, en general incultos, frustrados y parias, se sentían revalorizados y exaltados. El uniforme era elegante y la paga buena; los poderes, casi ilimitados; la impunidad garantizada; hoy eran los dueños del país, y mañana (como rezaba uno de sus himnos), del mundo entero. Al estallar la Segunda Guerra Mundial, Höss ya es *schutzhaftlagerführer* en Sachsenhausen, lo que no es poco, pero se merece un ascenso; acepta, con sorpresa y alegría, el nombramiento de comandante: se trata de un campo nuevo, aún en construcción, lejos de Alemania, cerca de una pequeña ciudad polaca llamada Auschwitz.

Es en verdad un experto, y lo digo sin ironía. En este punto, sus páginas se vuelven más animadas y sinceras: el Höss que escribe ya ha

sido condenado a muerte por un tribunal polaco, y puesto que se trata de una decisión tomada por una autoridad debe aceptarse. Sin embargo, ello no es razón para renunciar a describir su hora más hermosa. Nos ofrece un verdadero tratado de urbanismo, sube al podio, su sabiduría no debe perderse, ni dispersarse su herencia; nos enseña cómo se planifica, construye y administra un campo de concentración para que funcione bien, *reibungslos*, aun a pesar de la ineptitud de los subordinados y la ceguera de los superiores, que le mandan más trenes llenos de prisioneros de los que el campo puede aceptar. ¿No es él el comandante? Pues que se las arregle. En este punto, Höss se torna épico: exige al lector admiración, alabanza y hasta conmiseración; fue un funcionario de una competencia y diligencia extraordinarias, lo ha sacrificado todo por su *lager*, días y noches de reposo, afectos familiares. La inspección se muestra incomprensiva, no le manda los suministros que solicita, hasta el punto de que a él, funcionario modelo, atrapado entre las mandíbulas de la Autoridad, solo le queda «robar el alambre de espino que necesitaba con urgencia... ¿No me habían dicho que debía arreglármelas como pudiese?».

Es menos convincente cuando se erige en maestro en sociología del *lager*. Reprueba, con virtuoso disgusto, las luchas internas entre los prisioneros: esa gentuza no conoce el honor ni la solidaridad, las grandes virtudes del pueblo alemán; pero pocas líneas después se le escapa que «la propia administración sostiene y fomenta esas rivalidades», y aquí por administración debemos entender, él mismo. Describe con amaneramiento profesional las distintas categorías de prisioneros, interpolando en el antiguo desprecio inoportunos apóstrofes de hipócrita piedad retrospectiva. Mejor los políticos que los criminales comunes, mejor los gitanos («confiados como niños») que los homosexuales; los prisioneros de guerra rusos son brutales, y en cuanto a los judíos, nunca le gustaron.

Precisamente es en el tema de los judíos donde sus disparates llaman más la atención. No se trata de un conflicto: no es que el

adoctrinamiento nazi choque con una nueva y más humana visión del mundo. Sencillamente, Höss no ha entendido nada, no ha superado su pasado, no se ha curado: cuando afirma (y lo dice a menudo) «ahora me doy cuenta [...], ahora he comprendido que [...]», miente a todas luces, como mienten hoy casi todos los «arrepentidos» políticos y quienes expresan su pensamiento con palabras en lugar de hacerlo con hechos. ¿Por qué miente? Quizá para dar una mejor imagen de sí mismo; quizá solo porque sus jueces, sus nuevos superiores, le han dicho que las opiniones correctas ya no son las de antes sino otras distintas.

Precisamente el tema de los judíos nos permite comprobar cuánto ha pesado sobre Alemania la propaganda de Goebbels, y qué difícil es, incluso para un individuo complaciente como Höss, borrar sus efectos. Höss admite que los judíos estaban «bastante» perseguidos en Alemania, pero se apresura a señalar que su entrada masiva en los *lager* fue perniciosa para el estado moral de estos: los judíos, como se sabe, son ricos y con dinero se puede corromper a cualquiera, incluso a los honradísimos oficiales de las SS. Pero el puritano Höss (que en Auschwitz había tenido a una prisionera como amante y había procurado librarse de ella mandándola a la muerte) no está de acuerdo con el antisemitismo pornográfico de *Der Stürmer* de Streicher: este periódico «causó muchos males», no benefició en nada al «antisemitismo serio»; aunque no debe asombrarnos, dado que, improvisa Höss, era «un judío quien lo dirigía». Fueron los judíos los que difundieron (Höss no se atreve a decir «inventaron») las noticias sobre las atrocidades en Alemania, y por eso es justo castigarlos; pero Höss, el virtuoso, discrepa con su superior Eicke, que pretendía acabar con la diera [sic] difusión de rumores con el inteligente sistema de los castigos colectivos. La campaña sobre las atrocidades, anota Höss, habría proseguido «*aunque* se hubiese fusilado a centenares o millares de judíos»; la cursiva de ese *aunque*, gema de la lógica nazi, es mía.

En el verano de 1941, Himmler le comunica «personalmente» que Auschwitz será algo distinto de un lugar de aflicción: debe ser «el

mayor centro de exterminio de todos los tiempos»: él, con sus colaboradores, debe apañárselas para encontrar los medios técnicos necesarios para conseguirlo. Höss no pestañea: es una orden como las demás, y las órdenes no se discuten. Ya se han llevado a cabo experiencias análogas en otros campos, pero los fusilamientos masivos y las inyecciones letales no son convenientes, hace falta algo más rápido y seguro. Sobre todo, es preciso evitar «los baños de sangre», porque desmoralizan a los ejecutores. Después de las acciones más sangrientas algunos SS se suicidan, otros se entregan a la bebida; para salvaguardar la salud mental de los soldados es preciso algo aséptico e impersonal. La asfixia colectiva mediante los gases de combustión de los motores es un buen comienzo, pero debe ser perfeccionada: Höss y su segundo tienen la genial idea de emplear el Zyklon B, el veneno que se usa para matar las ratas y las cucarachas, y todo va a las mil maravillas. Höss, después del ensayo efectuado con 900 prisioneros rusos, siente una enorme «tranquilidad»: el asesinato masivo ha ido bien, tanto en cantidad como en calidad; nada de sangre, nada de traumas. Entre ametrallar gente desnuda al borde de la fosa que ella misma ha cavado y verter el contenido de una lata de veneno en un conducto de aire hay una diferencia fundamental. Su máxima aspiración ha sido alcanzada: su profesionalidad está demostrada, es el mejor técnico en matanzas. Sus envidiosos colegas han sido derrotados.

Las páginas más repugnantes del libro son aquellas en que Höss se demora en describir la brutalidad y la indiferencia con que los judíos encargados de la retirada de los cadáveres cumplen su trabajo. Representan una acusación inmunda, una denuncia de complicidad, como si aquellos infelices (¿no eran «ejecutores de órdenes» también ellos?) pudieran cargar con la culpa de quien los forzaba a hacer lo que hacían. El nudo del libro, y su embuste menos creíble, es cuando Höss afirma que, ante la matanza de niños, «sobrecogido de piedad, habría preferido desaparecer, pero no me estaba permitido manifestar la mínima compasión». ¿Quién le habría impedido «desaparecer»? Ni

siquiera Himmler, su jefe supremo, que, pese a la reverencia que Höss le tributa, asoma en estas páginas como demiurgo y también como idiota pedante, incoherente e intratable.

Ni siquiera en las últimas páginas, que adquieren el tono de un testamento espiritual, Höss consigue mitigar el horror de cuanto ha cometido y sincerarse: «Ahora comprendo que el exterminio de judíos fue un error, un error total» (nótese, no «un crimen»). «De nada sirvió a la causa antisemita; por el contrario, permitió al judaísmo acercarse a su objetivo final». Poco después afirma que se «estremece» cuando oye hablar «de las espantosas torturas aplicadas a los prisioneros de Auschwitz y otros campos»: si pensamos que quien escribe esto ya sabe que morirá en la horca, quedamos atónitos ante su obstinación en mentir hasta el último aliento. La única explicación posible es esta: Höss, como todos sus congéneres (no solo alemanes: pienso también en las confesiones de los terroristas arrepentidos), se ha pasado la vida haciendo suyas las mentiras que impregnaban el aire que respiraba y, por lo tanto, mintiéndose a sí mismo.

Podemos preguntarnos, y ciertamente alguien se lo preguntará, o lo preguntará, si hay motivo para reeditar este libro hoy, a cuarenta años del fin de la guerra y treinta y ocho de la ejecución de su autor. En mi opinión existen al menos dos motivos.

El primero es contingente. Hace pocos años comenzó una operación insidiosa: el número de las víctimas de los campos de exterminio habría sido muchísimo menor de cuanto afirma «la historia oficial»; en los campos jamás se habría usado gas tóxico para matar a seres humanos. En ambos puntos el testimonio de Höss es completo y explícito: en el caso de que lo hubieran obligado a ello, como pretenden los «revisionistas», no se entendería una formulación tan precisa y articulada, y con tantos detalles coincidentes con los testimonios de los supervivientes y los hallazgos materiales. Höss miente a menudo para justificarse, pero nunca sobre los datos que aporta; es más, parece orgulloso de su obra como organizador. Tendrían que haber sido muy sutiles, él y sus pretendidos mandantes,

para urdir de la nada una historia tan coherente y verosímil. Las confesiones arrancadas por la Inquisición, o en los procesos de Moscú de los años treinta, o en las cazas de brujas, tenían un tono muy distinto.

El segundo motivo es esencial y de validez permanente. Hoy se derraman muchas lágrimas sobre el fin de las ideologías. Me parece que este libro demuestra, de manera ejemplar, a qué puede conducir una ideología que es aceptada con la radicalidad con que los alemanes asumieron las ideas de Hitler, y de los extremistas en general. Las ideologías pueden ser buenas o malas; es bueno conocerlas, compararlas y tratar de valorarlas; es siempre malo comprometerse con una, aunque se adorne con palabras respetables como Patria y Deber. Adónde conduce el Deber ciegamente aceptado, es decir, el *führerprinzip* de la Alemania nazi, lo demuestra la historia de Rudolf Höss.

PRIMO LEVI
Marzo de 1985

Autobiografía

En las páginas siguientes quisiera hacer un balance de mi vida interior, evocando, de la manera más verídica, todos los acontecimientos esenciales de mi existencia y los efectos psicológicos, unas veces positivos y otras negativos, que han influido sobre mí.

Para dar una idea más exacta, es esencial que me remonte a los primeros años de mi infancia.

Hasta los seis años de edad viví con mis padres a las afueras de Baden-Baden. En el vecindario, donde solo había fincas aisladas, carecía de compañeros de juego, pues los niños de los vecinos eran mayores que yo. Con la única compañía de los adultos, trataba, en la medida de lo posible, de sustraerme a su vigilancia para llevar a cabo exploraciones en solitario. La Selva Negra comenzaba muy cerca de nuestra casa, y sus enormes pinos ejercían sobre mí una mágica atracción. No me atrevía a aventurarme en aquel bosque, sino que me limitaba a disfrutar de él desde la ladera de la montaña, a cuyos pies se extendía el valle. Mis padres no me permitían ir más allá desde que una banda de gitanos había intentado raptarme mientras jugaba solo en el bosque. Por fortuna, un vecino que pasaba por allí consiguió arrancarme de las manos de mis raptores y devolverme a casa.

También me atraía el gran embalse de agua que abastecía la ciudad. Permanecía horas enteras pegado a la pared, escuchando el misterioso susurro del agua, incomprensible para mí a pesar de las explicaciones de los adultos. Pero la mayor parte del tiempo la pasaba en los establos y en las cuadras de las granjas cercanas; allí era donde solían encontrarme cuando me buscaban. Estaba loco por los caballos; nunca me cansaba de acariciarlos, hablarles y darles terrones de azúcar. Los cepillaba y me metía entre sus patas, para gran asombro de los campesinos. A nada temía, pues ningún animal me había

coceado o mordido. Incluso mantenía excelentes relaciones con un toro famoso por su mal carácter. Y los perros eran mis mejores amigos. En cuanto se me presentaba la ocasión de entrar en una cuadra, no había juguetes que valieran. Mi madre hacía lo imposible para apartarme de ese amor hacia los animales, que le parecía extremadamente peligroso. Sin embargo, todos sus esfuerzos fueron en vano. Yo me iba volviendo cada vez más solitario, y no me gustaba que me observaran mientras jugaba.

El agua también ejercía una irresistible atracción sobre mí; siempre me bañaba o lavaba mis ropas y otros objetos en el arroyuelo que atravesaba el jardín. Así arruiné muchos de mis juguetes y prendas de vestir. Es una pasión que siempre ha perdurado.

Cuando tenía seis años, nos instalamos a las afueras de Mannheim. Volvimos a alquilar una casa, pero, para mi gran desilusión, allí no había cuadras ni animales. Según me ha contado mi madre, la pena que me causó alejarme de estos, de las montañas y del bosque hizo que enfermase durante semanas. Mis padres hacían lo posible por apartarme de esa exagerada inclinación, pero de nada servía: a falta de algo mejor, buscaba en mis libros imágenes de animales y, apartado en un rincón, soñaba con vacas y caballos. Cuando cumplí siete años me regalaron un poni, Hans, todo negro, de largas crines y ojos brillantes. Me puse loco de contento; por fin tenía un compañero. *Hans* me seguía a todas partes como si fuese un perro y, cuando mis padres no estaban en casa, lo hacía entrar en mi habitación. Los sirvientes no decían nada, pues me apreciaban mucho y no querían que me regañasen. Ya tenía varios compañeros de mi edad donde vivíamos; jugaba con ellos y participaba en sus bromas, pero prefería irme con mi poni al gran bosque del Palatinado, donde podíamos estar completamente solos y cabalgar durante horas sin cruzarnos con nadie.

Entonces me inscribieron en la escuela primaria, donde me iniciaría en las cosas serias de la vida. Sin embargo, en los primeros años no ocurrió nada destacable. Fui un alumno aplicado y trataba de hacer

mis deberes lo antes posible a fin de disponer de la mayor cantidad de tiempo libre posible para pasear con Hans. Mis padres dejaban que hiciese más o menos lo que quería.

Sin embargo, mi vocación parecía trazada de antemano, pues mi padre había jurado que yo tomaría los hábitos. Toda mi educación iba encaminada a la realización de ese juramento. Una atmósfera profundamente religiosa reinaba en mi hogar; mi padre, que me educaba con estricta disciplina militar, era un católico devoto. En Baden-Baden apenas lo veía, porque casi siempre estaba de viaje por cuestiones de trabajo, a veces durante meses*. En Mannheim era distinto, pues disponía del tiempo necesario para ocuparse de mí, controlar mis estudios y hablar conmigo sobre mi futuro profesional. Pero lo que a mí más me gustaba era escuchar el relato de sus años de servicio en África oriental, de los combates con los indígenas rebeldes, del siniestro culto a los ídolos que estos profesaban; escuchaba arrobado su descripción de la acción generosa y civilizadora de los misioneros y me veía misionando en lo más recóndito de África, en plena selva virgen. Cuando nos visitó uno de los viejos y barbudos sacerdotes que mi padre había visto trabajar en ese continente, yo me quedaba pegado a la silla para no perder ni una palabra de la conversación y hasta me despreocupaba de mi poni. Mis padres salían poco, pero recibían a mucha gente, sobre todo a miembros del clero.

El fervor religioso de mi padre fue aumentando con los años. En cuanto sus ocupaciones se lo permitían, salíamos de peregrinación; fuimos a todos los lugares santos de Alemania, así como a Einsiedlen, en Suiza, y a Lourdes, en Francia. Mi padre rogaba que Dios me bendijera y me permitiera, en el futuro, convertirme en sacerdote. Por mi parte, era tan devoto como puede serlo un niño a esa edad y me tomaba muy seriamente mis deberes religiosos: me gustaba hacer de monaguillo y rezaba mis oraciones con veneración. Mis padres me habían educado en el respeto hacia los adultos, en especial hacia las personas ancianas, independientemente de su condición social. Pensaba que mi primer deber era socorrer a los demás en caso de

necesidad y someterme a las órdenes y deseos de mis padres, mis maestros, el señor cura, los adultos en general e incluso los sirvientes. Dijeran lo que dijeran, ellos siempre tenían la razón.

Estos principios básicos en que fui educado pasaron a formar parte de mi sangre y de mi carne, por así decirlo. Todavía recuerdo que mi padre, opositor acérrimo de la política del Gobierno por su ferviente catolicismo, siempre predicaba entre sus amigos que las leyes y los decretos del Estado debían obedecerse incondicionalmente.

Desde la infancia me inculcaron un profundo sentido del deber: toda orden de mis mayores debía cumplirse a conciencia y de manera exacta. Mi padre ponía especial cuidado en que yo obedeciese sus mandatos y deseos con meticulosidad. Aún recuerdo la noche en que me despertó por haberme dejado en el jardín el sudadero de *Hans* en lugar de colgarlo en el granero para que se secase, como él me había indicado. Nunca dejaba de repetir que una pequeña negligencia puede acarrear graves consecuencias. Por aquel entonces yo no lo acababa de entender, pero años más tarde la amarga experiencia me reveló la verdad de este principio, al que siempre he permanecido fiel.

Las relaciones entre mis padres estaban impregnadas de afecto, respeto y comprensión mutuos, y aunque nunca vi en ellos manifestaciones de ternura, tampoco presencié jamás una pelea o discusión. Mientras que mis hermanas menores, de dos, cuatro y seis años, se mostraban cariñosas y se aferraban a las faldas de nuestra madre, yo seguía el ejemplo de mis padres y apenas exteriorizaba mis sentimientos. Todo lo que mis parientes podían esperar de mí era un apretón de manos y unas pocas palabras de agradecimiento.

Sabía lo mucho que mis padres me querían, pero nunca les transmití los pequeños o grandes pesares que suelen aquejar a un niño. Prefería arreglármelas solo. El poni era mi único confidente; solo él, pensaba, podía comprenderme. Despreciaba las zalamerías de mis hermanas y sus intentos de acercarse a mí; jugaba con ellas cuando no me quedaba más remedio, pero prefería bromear e importunarlas hasta que corrían, hechas un mar de lágrimas, a refugiarse en los

brazos de nuestra madre. En el fondo, y a pesar de la devoción que mostraban hacia mí, me resultaban extrañas, y me sentía incapaz de responder a sus sentimientos afectuosos, que no han dejado de prodigarme hasta hoy.

En cuanto a mis padres, los respetaba y hasta veneraba, pero era incapaz de expresarles amor, al menos de la clase que otros niños sienten hacia sus progenitores, como aprendí con los años. El por qué no lo sé, ni siquiera hoy encuentro una explicación.

Nunca fui lo que se dice un niño modelo, y tampoco lo que suele entenderse por buen muchacho. Participaba con mis compañeros en los juegos más brutales; no paraba de pelearme con ellos. Pese a lo mucho que me gustaba la soledad, tenía siempre a mi lado un buen grupo de camaradas, pero nunca me dejaba manejar por ellos; de hecho, me temían, porque me empeñaba en castigar sin piedad cualquier injusticia de la que pudiera ser víctima. Por el contrario, me entendía muy bien con una niña de origen sueco que quería estudiar medicina: en el instituto, siempre compartimos sin reñir el mismo banco, lo cual no era nada corriente.

Tenía yo trece años cuando se produjo un incidente que hizo vacilar por primera vez mis convicciones religiosas. Durante los habituales zarandeos que se producían a la entrada del gimnasio, un compañero al que empujé sin querer cayó por la escalera y se rompió un tobillo. Durante años, cientos de chicos, yo incluido, se habían caído por la escalera sin sufrir serias consecuencias. Sencillamente, aquel chico había tenido mala suerte. Enseguida me impusieron tres días de castigo. Era sábado por la mañana y, como todas las semanas, por la tarde fui a confesarme y expliqué lo sucedido con toda sinceridad. No hablé del asunto en mi casa para no arruinar el domingo a mis padres; de todos modos, se enterarían la semana siguiente, cuando les enseñara las notas. Pero por la noche recibimos la visita de mi confesor, que era un buen amigo de la familia, y a la mañana siguiente mi padre me regañó y castigó severamente por no revelarles de inmediato lo sucedido. Me sentí abrumado, no tanto por

el castigo impuesto como por la inesperada traición de mi confesor. ¿Acaso no nos habían enseñado que el secreto de la confesión era inviolable, sin importar lo serios que fuesen los pecados? Y hete aquí que un cura que gozaba de toda mi confianza, que conocía mis pecados veniales al detalle, acababa de violar dicho secreto, y esto a propósito de una tontería, de un incidente como los que se producen todos los días en un colegio. Solo él podía haber informado a mis padres, ya que ese día ellos ni habían salido ni habían recibido visitas, además de que ningún compañero vivía cerca de nosotros y el teléfono estaba averiado. La indiscreción del cura era flagrante y a mí me pareció monstruosa. Mi fe en la Iglesia se había quebrantado; por primera vez empecé a dudar. El confesor hizo lo posible por recuperar mi confianza, pero a partir de entonces no he vuelto al confesionario. Cuando el cura y mi padre me interrogaron al respecto, respondí que me confesaba con el sacerdote de la capilla del colegio. Mi padre al menos pareció creerme; en cuanto al cura, estoy convencido de que conocía mis verdaderas razones. Así pues, dejé de confesarme, si bien no de comulgar. Nos habían enseñado que a quien hacía algo así le esperaba un castigo terrible, y que algunas personas incluso habían muerto mientras se encaminaban hacia el comulgatorio. En mi candor infantil, imploraba ardientemente la indulgencia de Dios y le rogaba que me perdonase los innumerables pecados que me sentía incapaz de confesar. Un día, con el corazón en un puño, comulgué en una iglesia donde nadie me conocía, y no sucedió nada terrible; salí entonces convencido de que Dios había escuchado mis ruegos y aprobaba mi conducta. Sin embargo, aquello me había trastornado el alma: la verdadera, la profunda fe infantil había dejado de existir.

Al año siguiente, mi padre murió de forma inesperada. No recuerdo que este suceso me hubiera afectado mucho. Quizá fuese demasiado pequeño para valorar el alcance de la pérdida. En cualquier caso, la desaparición de mi padre hizo que mi vida tomara un rumbo muy distinto del que él habría deseado.

La guerra acababa de estallar. La guarnición de Mannheim había partido hacia el frente. Convocaban a los reservistas; los primeros trenes cargados de heridos llegaron desde los campos de batalla. Había tanto que ver, que yo casi nunca estaba en casa. A fuerza de insistir, conseguí que mi madre me autorizara a entrar en la Cruz Roja como enfermero auxiliar.

Estaba tan impresionado por cuanto ocurría, que ya no recuerdo muy bien el efecto que produjeron en mí los primeros soldados heridos. Sin embargo, aún los veo, con la cabeza o los brazos vendados y el uniforme (el nuestro era gris; el de los franceses, azul con pantalones rojos) manchado de sangre y de lodo; aún los oigo gemir cuando los bajaban del tren y los depositaban en los camiones. Corría entre ellos, repartiendo comida y tabaco. Fuera de las horas de clase, pasaba todo el tiempo en la estación, en los cuarteles o en los hospitales; trataba de no detenerme demasiado ante las camas de los heridos graves, pero los agonizantes y los muertos no podían escapar a mi mirada. Actualmente me siento incapaz de precisar qué sentimiento producían en mí.

Por otra parte, aquellas deprimentes escenas pronto eran borradas por la alegría y el buen humor de los heridos leves. No me cansaba de escucharlos hablar de los combates en que habían participado y de su vida en las trincheras, mientras sentía correr por las venas la sangre del soldado que había en mí. Durante generaciones, todos mis antepasados paternos habían sido oficiales; mi abuelo, un coronel, murió en 1870 al frente de su regimiento. Mi padre había abrazado la carrera militar por convicción y su entusiasmo por el ejército solo se entibió tras renunciar a este para entregarse a su pasión religiosa. Yo también quería ser soldado, y, sobre todo, no quería perderme esa guerra. Mi madre, mi tutor, de hecho todos mis parientes trataban de disuadirme o, al menos, de postergar la realización de mi proyecto hasta que hubiese terminado el bachillerato; también me recordaban que mi destino era convertirme en cura. Yo los dejaba hablar y desplegaba toda clase de argucias para poder partir hacia el frente.

Solía esconderme en trenes militares, pero siempre acababan por descubrirme y, como me consideraban demasiado joven para el servicio, a pesar de mis protestas me devolvían a casa, acompañado por agentes de la policía militar.

Sin embargo, yo no me desanimaba: todos mis pensamientos y esperanzas estaban dirigidos a convertirme en soldado. El colegio, mi supuesto futuro como sacerdote, la casa familiar, todo pasaba a un segundo plano. Mi madre no logró vencer mi obstinación ni con su paciencia y bondad conmovedoras. Unos parientes le aconsejaron que me enviase a un seminario especializado en la formación de misioneros, pero a ella la idea no le convencía. Sabía que yo seguía siendo practicante, pero también que mis convicciones religiosas se habían debilitado; la mano autoritaria de mi padre ya no se dejaba sentir.

En 1916, con la ayuda de un capitán de caballería al que había conocido en el hospital, conseguí por fin unirme a las filas de un regimiento en el que habían servido mi padre y mi abuelo*. Tras un breve período de instrucción me enviaron a Turquía, y de ahí al frente iraquí, todo ello sin que mi madre se enterase. No volví a verla; murió en 1917.

Siempre temía que descubriesen que me había alistado clandestinamente y me enviaran de regreso a casa. Pronto cumpliría los dieciséis años, y el viaje a través de varios países, la estancia en Constantinopla, ciudad que aún conservaba su carácter oriental, más el trayecto en tren y a caballo hasta el distante frente iraquí debieron de impresionarme profundamente. Sin embargo, no recuerdo bien todo ello, pues mis pensamientos se hallaban en otra parte.

Por el contrario, nuestro primer encuentro con el enemigo ha quedado perfectamente grabado en mi memoria.

Poco antes de su llegada al frente, nuestra unidad fue destinada a una división turca, y el destacamento de caballería al que yo pertenecía fue repartido como refuerzo entre tres regimientos. No estaba aún concluida esta operación cuando los ingleses —o, más